

FERNANDO PARRA NOGUERAS

Persianas



Persianas

COLECCIÓN
LITERADURA

Fernando Parra Nogueras

Persianas



Primera edición: octubre de 2019

© Fernando Parra Nogueras, 2019

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2019
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-120979-0-0

Dep. Legal: M-31449-2019

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Vuelo aciago*, © Candela Rodríguez Beamonte, 2019
Fotografía que aparece en el *Diari de Tàrragona*, © Lluís Milián

Producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

A mi familia, mi única patria.

A Beatriz, mi tinta invisible.

*Al maestro Luis Landero,
cuyas palabras me regalaron otras tantas resurrecciones.*

*Mi unicornio azul
ayer se me perdió,
no sé si se me fue,
no sé si se extravió,
y yo no tengo más
que un unicornio azul.*

SILVIO RODRÍGUEZ

Persianas

LAS PERSIANAS SE PARECEN siempre a sus dueños. Sí, ya sé que el aforismo popular se suele aplicar a los perros y a sus amos, pero por aquel entonces, en Bonavista, no era frecuente ver por las calles a una persona asida a su perro. La tiranía canina todavía no había sido instaurada en el paisaje urbano y mucho nos habríamos sorprendido de presenciar esa suerte de ente híbrido que madruga una gélida mañana de invierno para darle gusto a su mascota y que tuerce el espinazo para recoger, con sumisa resignación, los excrementos que generosamente ofrenda el animal a las aceras. Hoy, pasear a dos galgos que tironean de su dueña cual caballos desbocados de una escuálida biga romana se antoja natural y hasta de buen gusto. La señorita tiene en cuenta, a la hora de escoger sus zapatos, el color que mejor combine con el pelo del can y este ha pasado a

ser un complemento más de la moda, como lo pudiera ser un bolso o un fular. Pero por aquel entonces, en mi barrio, solo se veían perros sin dueños, perros vagabundos de pelaje sucio e hirsuto que merodeaban papeleras y contenedores y mendigaban al asfalto las sobras de algún bocadillo a medio terminar; perros que fornicaban impúdicos ante la chanza de los adolescentes, tan callejeros como ellos, y ante el azoramiento de alguna madre que, entre risas arreboladas, volvía la cabeza del niño que llevaba de la mano y que preguntaba curioso por qué los dos chuchos permanecían así pegados; perros apedreados, humillados por los juegos infantiles, como aquel al que asustábamos mi amigo Miguel Ángel y yo a la salida del colegio, con la crueldad impune de los niños, amenazándolo con las reglas de la clase de Geometría, hasta que el pobre chucho se tumbaba y ofrecía su tributo de orín, tan minúsculo como su dignidad; perros mestizos, hijos del pedigrí de mil perras; perros que desgarraban el silencio de las noches con aullidos de inframundo, cancerberos de la luna que mezclaban sus ladridos desesperados con los envites del viento en las persianas metálicas de las cocheras y con el paritorio nocturno de las gatas; perros, al fin, que una mañana aparecían aplastados y putrefactos tapizando el frío alquitrán de una carretera y que los coches sorteaban con repugnancia pero también con una especie de reverencial superstición, como si la muerte dignificase por una vez la perra vida de estos perros.

Se entenderá, pues, que no tuviera yo a mi alcance elementos suficientes de comparación para hacer efectivo el dicho popular de marras. Había perros pero no tenían amo. Así que hallé en las persianas las sustitutas perfectas y comprobé, no sin cierta vanidad de científico satisfecho, que mi trabajo de campo era, efectivamente, cierto: las persianas se parecen siempre a sus dueños. El experimento lo llevaba a cabo particularmente las mañanas de los sábados, cuando la semana ofrecía su primera tregua escolar y uno podía prolongar esa dulce y perezosa duermevela que regala la perspectiva de un fin de semana sin obligaciones, acurrucado en la muelle tibieza de las sábanas. A esas horas, el sol se filtraba ya por los resquicios de mi persiana (¿me pareceré yo también a mi persiana?) y dibujaba sus surcos de trigo sobre el techo en penumbra de mi habitación. También hacía ya rato que se habían colado los primeros y familiares sonidos del barrio: la armónica de Pipiolo, el afilador, con su motocicleta repleta de cachivaches; el claxon estridente del camión del butanero y el sonido metálico de las bombonas naranjas al ser descargadas; las mujeres vocingleras que no saben hablar quedo; el autobús verde de línea, agusanado, que se plegaba como un acordeón al aparecer por la curva de mi calle, y su esforzado jadeo al subir la cuesta; el quejido de la madera al desangrar su serrín en la carpintería de Julio; el altavoz de la furgoneta del vendedor gitano, anunciando las calidades

de sus tomates de Almería; el organillo festivo encantador de cabras... Y las persianas. Se dirá que mi calle era bulliciosa pero, a decir verdad, la mayoría de estos sonidos no se oían a la vez ni todos los sábados. Más bien solían seguir un orden cronológico que los individualizaba, como solistas en una orquesta. Y entre sonido y sonido, se extendían largos períodos de silencio donde era posible escuchar los rumores más chicos. Durante esas treguas se imponía el cálido piar de un gorrión que aún no sé cómo había conseguido anidar en el tambor de mi persiana. Como en el romance, su canto me daba buena cuenta de la hora del día, aunque yo era entonces un complacido prisionero de la almohada, y solo el balletero del tiempo (dele Dios mal galardón) acabó con mi gorrión, compañero de alboradas, como acabó con mi infancia feliz. El aleteo de aquel cuerpecillo tembloroso y su voz pedigüeña que jamás llegaba al gorjeo pedante y exhibicionista de otros pájaros siempre me parecieron de un desamparo y una fragilidad absolutos. Escuchándolo atentamente, llenaba de paz mi corazón y, al mismo tiempo, sentía que cualquier mínima vicisitud amenazaba la existencia de algo tan delicado y vulnerable. Luego llegaba, al fin, el toque a rebato de las persianas y ahí empezaba mi experimento. La más madrugadora era la de la señora Misinda. Esta viejecilla achacosa de ojos menudos y vivarachos se levantaba antes de que saliera el sol. Los días laborables, cuando yo tenía que madrugar para ir al

colegio, la señora Misinda ya debía de andar despierta hacía rato. La observaba trajinar en su casa a través de la ventana de nuestra cocina mientras me bebía, de pie, el vaso de leche humeante con ColaCao que me había preparado mi madre. En las mañanas frías del invierno escolar, solía apostarme contra la ventana de la cocina sujetando con ambas manos el vaso caliente para entrar en calor, y ese minuto antes de salir con la mochila a cuestas era la única tregua que me permitía después de la vorágine matutina, siempre apurada y presurosa, donde en apenas quince minutos había que dar cuenta de la vejiga, vestirse, atarse con dedos torpes y ateridos los rebeldes cordones del calzado, lavarse la cara, domar a base de peine y agua los remolinos del pelo, revisar los libros de la cartera y desayunar el vaso de leche, único sustento de mi escuálido cuerpo hasta la hora del recreo en la escuela. La señora Misinda detenía entonces sus labores, me miraba y extendía la mano temblorosa en lo que pretendía ser un saludo de buenos días. Yo le correspondía alzando ligeramente el mentón hasta que oía las apremiantes instrucciones de mi madre y dejaba a la señora Misinda, pintada en claroscuro en el marco de su ventana, como si hubiera quedado inmortalizada en un cuadro costumbrista barroco. La persiana de la señora Misinda sonaba, al subir por las mañanas, quejumbrosa y lenta como su dueña. Cada arreón lo daba a pequeños intervalos y en cada uno de ellos dejaba su lamento metálico. A mí

su persiana me servía durante los días laborables para recordarme que aún me quedaba, al menos, una hora y pico de sueño. Los fines de semana, en cambio, anotaba mentalmente su acompasado toque de diana solo para calcular cuántas persianas más me quedaban para que se levantase la persiana que más me interesaba, la única que permanecía cerrada de lunes a viernes.